

Antonieta Rivas Mercado

Una mujer que puso condiciones al destino

Raúl Rodríguez Cetina

Hay cartas que trascienden a la historia como testimonios literarios, quizá porque quien las escribió estaba predestinada a ser mito. El hombre nunca sabrá las condiciones del destino para permanecer con su obra, o pudiera ser lo contrario, como en el caso de Antonieta Rivas Mercado, de quien dijo Vasconcelos que fue una mujer que puso condiciones al destino.

Hay seres cuyo talento creativo se apoya en su propia fragilidad. Hay mujeres y hombres predestinados a quedarse en la historia, y quienes como precio tienen que transitar, en algunos casos, por la desolación y el éxtasis; se ven involucrados en los momentos culminantes de su época, viven las pasiones con sentimientos trágicos, y se entregan con intensidad poco común a vivir eso que llamamos vida. Por eso el suicidio no resulta nada extraño en quienes han impactado su tiempo.

Antonieta Rivas Mercado participó decisivamente en uno de los movimientos culturales más importantes de nuestro siglo: fue la mecenas del grupo de los Contemporáneos. Con su dinero se publicaron los primeros libros, puso el edificio para el teatro Ulises y financió las obras, además de hacer traducciones al español del teatro de vanguardia de entonces en el extranjero. Tradujo obras de Cocteau, O'Neill, y entre otras cosas impulsó la formación de la Orquesta Sinfónica Nacional. Parece que después muchos de los contemporáneos se olvidaron de sus aportaciones, pero ella nunca se enteró porque se suicidó en 1932, en la Catedral de París.

Siendo muy joven se casó con un rico extranjero, pero como era una mujer

abierta al futuro, no podía vivir bajo las condiciones del matrimonio convencional; entonces se divorció. En aquel tiempo las leyes conyugales eran demasiado machistas, y durante el resto de su vida iba a luchar para recuperar al hijo que perdió en la separación. Después de algunos años, terminó secuestrándolo para llevárselo a París en donde, ya cansada y sin dinero, lo dejó en buenas manos antes de la fatídica mañana en que se pegó el balazo con la pistola de Vasconcelos.



En los principios de su libertad y creatividad, conoció al pintor Manuel Rodríguez Lozano. Desde el primer encuentro ella quedó marcada por la atracción y el enamoramiento, algo que se volvió trágico porque fue el inicio de la pasión no correspondida, jamás pudo disfrutar el cuerpo de Manuel Rodríguez Lozano. Tampoco se puede hablar de un egoísmo de parte de él, simplemente no sintió lo mismo; sin embargo fue el "muso" que provocó que ella escribiera un montón de cartas que ahora son documentos literarios, textos intensos, llenos de poesía y de soledad, de confesiones íntimas y de pocos reproches por la negación física del otro. Durante mucho tiempo Antonieta lo amó a solas. Más adelante iba a querer a otro hombre, a Vasconcelos, pero ya sin pasión; tal vez su alma había quedado resentida y en permanente desconfianza.

De las cartas que le envió a Rodríguez Lozano se han rescatado 87, que han sido publicadas en forma de libro. Son papeles en los que ella trasciende lo terrenal para cubrirse de una aureola mítica.

Fue en 1929 cuando conoció a Vasconcelos en Toluca. La relación amorosa que se dio entre ellos ya es parte de la historia de México. Lo acompañó durante su campaña, lo apoyó financieramente, y escribió una serie de crónicas sobre aquella legendaria campaña presidencial, material que hace pocos años fue recopilado y publicado en forma de libro con el título de *La campaña de Vasconcelos*.

La confusa derrota electoral del candidato, prohibió prácticamente a Antonieta en México. En el extranjero tuvo añoranza por su hijo. Fue cuando vino a México y lo secuestró: con la ayuda de unos amigos de Tampico huyó en un

Raúl Rodríguez Cetina. Ha publicado las novelas *El desconocido*, *Flash back*, *Primer plano*, *Alejamiento* y *Fallaste corazón*. Practica el periodismo cultural. Su libro más reciente *Bella en su abandono*.

avión a Nueva Orleans, en donde tomó un barco que la llevó a Francia.

En París se encontró con Vasconcelos, que preparaba la publicación de su revista *La Antorcha*. Vivían en el mismo hotel, pero en habitaciones diferentes; ella ya no lo deseaba sensualmente.

Antonieta se quedó sin dinero, y Vasconcelos la presionó para que viniera a México a recoger sus joyas, le dio dinero para los pasajes de ella y su hijo. En el límite de la impotencia, Antonieta le dijo: "lo que no quiero es irme a México". El no comprendió su temor de encontrarse con los políticos que la odiaban.

Vasconcelos le dijo: "Tú estás acostumbrada a una vida de lujo, más bien de derroche, no te imaginas lo que es la pobreza. Ve y recoge lo que quede de tus bienes". Ella, que estaba dispuesta al sacrificio económico, le respondió: "¿Cómo es que tú su te sacrificas? Ahora mismo, de lo poco con que cuentas, me has dado para los pasajes a México. Te devolveré ese dinero, no quiero usarlo". Eso fue el 10 de febrero de 1931.

No pudo dormir en toda la noche del 10 al 11. Escribió en su diario. Ya la decisión había sido tomada. Por la mañana es probable que haya pensado en Manuel Rodríguez Lozano, que haya rememorado aquel México de los Contemporáneos.

Antes del mediodía, en la catedral de Notre Dame, se pegó un balazo en el corazón.

Muchas décadas después de aquella historia, cuando Manuel Rodríguez Lozano ya había muerto, se encontraron en sus cajones unas cartas que resistieron el paso del tiempo, y que probablemente vencieron la censura del destinatario. Las 87 cartas forman parte del libro de Luis Mario Schneider: *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado* (Lecturas Mexicanas, segunda serie, número 93).

En sus cartas resalta su talento y emotividad, la prosa va por momentos entre una bruma poética, y sentimos que son textos escritos con intensidad y pasión.

Cuautla, viernes 29 (1928 ?). Fragmento de carta:

Me he ausentado de mí misma. Sé que sigo existiendo porque me acuerdo de Ud., aun olvidada de mí. Porque Ud. es el camino y el fin de la jornada, y yo soy la realización de una



volición suya puesta en movimiento para cumplir un afán suyo, quizá inconsciente. No existo independiente de Ud., sino en comunicación constante aunque sin confusión.

Miércoles 9 (1928 ?). Fragmento:

Manuel: esta mañana le fui a buscar esperando cogerle antes de que saliera, pero llegué tarde. Llevaba las manos llenas de violetas y rosas para perfumar su estudio, pero no me atreví a dejárselas con la portera. Si le dejé un recado: que me hablara. Tengo hoy una angustia que me recuerda épocas malas. Me sofoca esta angustia confusa pero tenaz. Tengo el sobresalto de un aleteo de desdicha.

Octubre 6 de 1929. Fragmento:

Manuel: esta mañana llegué. Nueva York en su reposo dominical me ha recibido amablemente. No me impone, al contrario, me parece que ya lo conozco, que he vivido largos días en él, que sus calles me son familiares y sus paseos también. No me hallo extraña, pero tengo el corazón en el filo de una crisis. El corazón como avanzada. Todo está vivo. Sé que es momento de andar o aflojar definitivamente. Que estoy sola, ante mí misma, para hacerme o hundirme.

El 11 de febrero de 1931 escribió en su diario:

Ya tengo apartado el sitio, en una banca que mira al altar del Crucificado, en Notre Dame. Me sentaré para tener la fuerza para disparar. Pero antes será preciso que disimule. Voy a bañarme porque ya empieza a clarear...

Por el año de 1928 tuve el alto honor de conocer a Antonieta Rivas Mercado, mujer extraordinaria desde todos los puntos de vista por su excepcional inteligencia, su fuerza, su carácter, su nobleza, su generosidad y su distinción.

Manuel Rodríguez Lozano

En este momento, ingeniero, voy a pegarme un tiro...

Arturo Pani, Cónsul en París

Llamada telefónica que recibió el 11 de febrero de 1931.

Cuando éramos adolescentes, leíamos distintos autores ingleses, y americanos, vidas de artistas, pintores, escultores, médicos, cantantes, vidas de filósofos, navegantes; creo que nos sirvieron mucho para nuestra cultura.

Alicia Rivas Mercado

Antonieta Rivas Mercado y Jorge Cuesta están coronados de un hálito trágico, diría satánico, cuyas circunstancias, los hechos diarios, iban eslabonando congojas que incontestablemente conducirían a la autodestrucción.

Luis Mario Schneider

Antonieta no fue arrastrada a la política sino que se entregó espontáneamente a ella. Fue vasconcelista activa por convicción democrática, y el fraude electoral infligido a Vasconcelos lo sintió ella como propio y aun como asestado a México.

Isaac Rojas Rosillo